

PRONÓSTICO

Eduardo Abel Gimenez

El sabio anciano se dedica a estudiar el clima. Huele el aire, observa la actitud de las ovejas, clasifica la nubosidad, mide el color de las hojas de los árboles, anota la dirección del viento, el comportamiento del río, el ruido del volcán, las figuras que forma la borra del café. Deja todo escrito en una tablilla, y un día más tarde agrega el comentario final: si ha llovido o no.

De esta manera desarrolla un método para predecir si el día siguiente sera lluvioso o seco. Cuando el método parece estar a punto, hace su primera predicción.

–Mañana lloverá –anuncia para sí, solo en las profundidades del valle donde vive.

Al otro día no cae ni una gota de agua.

El sabio revisa cálculos y estadísticas, ajusta las conclusiones, y dice:

–Mañana estará seco.

Al otro día llueve un poco. Apenas, pero llueve.

Nuevos ajustes, nuevas precisiones, día tras día. Y día tras día el pronóstico fracasa. Así, sin cambios, transcurren tres meses.

Entonces, a los cien días de predicciones fallidas, el sabio ve la luz: en una situación así, un cien por ciento de error equivale a un cien por ciento de éxito. ¡Lo que hace su método es anunciar exactamente lo contrario de lo que va a ocurrir!

Alborozado, corre a la ciudad y pide audiencia al rey.

–Su Majestad –anuncia–, tengo un método infalible para predecir lluvias y sequías.

///

///

El rey, siempre interesado en cuanto pueda beneficiar la recaudación de impuestos, acepta que el sabio haga una demostración.

El sabio saca sus tablillas, hace los cálculos necesarios, agrega un poco de danza y ritual para los ojos presentes, y llega a la conclusión de que, según su método de predicción, al día siguiente estará seco.

– ¡Mañana va a llover! – anuncia entonces, con grandilocuencia.

Al otro día el cielo esta despejado. No cae ni una gota.

El sabio se rasca la cabeza. Es la primera vez que el método falla. vuelve a hacer ajustes, y cuando el rey lo llama, explica:

– Su Majestad, el error se debe al cambio de valle. He olvidado tomar en cuenta que ya no estoy en mi casa, sino en esta magnífica ciudad, donde las condiciones del tiempo son otras. Ahora haré una predicción correcta.

El rey, paciente, decide escucharlo otra vez.

– ¡Mañana estará seco! – dice el sabio.

Pero llueve.

El rey, temiendo alguna clase de complot, manda a sus espías a revisar las tablillas del sabio. Al rato, los espías le cuentan que, por algún motivo para ellos incomprensible, el sabio ha estado diciendo lo contrario de lo que su método anunciaba.

Ahora el rey tiene dos opciones: puede echar al sabio del reino, por engañarlo, o puede seguir escuchando sus pronósticos, y ahora que sabe la verdad actuar de acuerdo a lo contrario de lo que el sabio anuncie.

Sin duda, la segunda opción será mejor para la recaudación de impuestos que otro sabio yéndose a vivir al reino de al lado.

El sabio, que no se ha enterado de la presencia de espías en su casa, acude a ver al rey lleno de temor. Pero el rey sonrío y le anuncia clemencia. El sabio, entonces, repite sus cálculos, llega a la conclusión de que habrá sequía, y dice:

///

///

– ¡Mañana va a llover!

De esta manera, el rey se convence de que al día siguiente estará seco, y prepara una excursión campestre para sus ocho mil setecientos cortesanos.

La lluvia intensa lo arruina todo.

Tras expulsar a los espías, pues con algo debe calmar su rabia, el rey envía nuevos emisarios a la casa del sabio. Un poco atemorizados, los emisarios confirman lo que se sabía hasta el momento. El sabio no ha cambiado de método.

Decidido a insistir cuanto sea necesario, el rey vuelve a llamar al sabio.

– Mañana estará seco – anuncia el sabio con un hilo de voz.

“Si el sabio dice eso – piensa el rey –, es que su método... estará seco. Porque siempre me dice lo contrario. Por lo tanto, de acuerdo con mis espías, yo debería creerle al método y pensar que va a llover. Pero eso también falló, de manera que sin duda estará seco”.

Otra vez organiza el gigantesco día de campo. Y otra vez quedan todos pasados por agua.

Cada cosa tiene su límite. Desde la torre mas alta del palacio, al atardecer, el rey contempla la pequeña figura del sabio, a la distancia, en el camino sinuoso que lo llevará al reino de al lado. Lo sigue una nube muy pequeña, que a veces le arroja un poco de lluvia por la cabeza.

“Pronóstico”, de Eduardo Abel Gimenez, en *El Bagrub y otros cuentos de humor (i) logico*, Col. Azulejos, S. naranja no 55, 2013.
© Editorial Estrada S.A.

Eduardo Abel Gimenez nació en Morón, provincia de Buenos Aires y es narrador, músico, especialista en juegos de ingenio, blogger, tallerista y editor.